

Hélène Gullberg

LA DISCÍPULA



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Hélène Gullberg

La discípula

Traducción del sueco por
Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Título original: *Adepten*

© Hélène Gullberg, 2023

Publicado de acuerdo con Albatros Agency, Suecia

© por la traducción, Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978-84-322-4858-0

Depósito legal: B. 10.082-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



JUNIO DE 1993
ROSLAGEN, CARRETERA 76

Sten Hammar detuvo el coche ante el granero, pero decidió no bajarse. Tenía que organizar sus pensamientos ante lo que iba a suceder. Aunque no era fácil. Con los años se había ido volviendo cada vez más distraído y, al calor de principios de verano, el cuello almidonado de la camisa le estaba irritando la piel. En cuanto apagó el motor, el aire del coche se volvió sofocante, y él, que llevaba casi toda la vida usando corbata, sentía ahora que le apretaba. Tenía ganas de deshacer el nudo, pero, por supuesto, no lo tocó.

Lo que sí hizo fue entreabrir un poco la ventanilla a pesar de los insectos que se arremolinaban alrededor del coche, atraídos seguramente por todas las vacas que había en la granja. Al instante entró volando un tábano y se colocó en el centro del emblema de Jaguar que había en el volante. El insecto tenía el tamaño de la uña de un pulgar y seguro que era capaz de arrancarles la carne a pedazos a las reses. Aquellos relucientes ojos facetados se quedaron observándolo. Sten Hammar les sostuvo la mirada. Sintió

que el animal lo había hipnotizado y que el tiempo se había detenido. El insecto se frotó las patas delanteras y se inclinó hacia delante como diciéndole: «¿Estás seguro?».

Sacudió la cabeza, volvió al presente y dirigió la vista a la razón por la que se encontraba allí.

El granero.

Por fuera parecía una de las típicas edificaciones agrarias que en su día se construyeron con entusiasmo y fe en el futuro para acabar deteriorándose con el tiempo y cayendo en el olvido, como un pariente que se está haciendo mayor. Rodeado de establo, garaje, casa y un puñado más de casetas, podría haber sido un granero cualquiera. Cuadrado y anodino. El color ocre rojizo de las paredes estaba desgastado y dejaba a la vista el gris subyacente. La hierba seca y tan alta como un hombre acariciaba los marcos de las ventanas. La humedad atenazaba los bordes inferiores de los tablones de la pared, que se estaban astillando. Una ruina con todas las letras.

Pero para Sten Hammar podría haber sido el Taj Mahal. Un santuario. Teniendo en cuenta lo que había dentro del granero, debería haber estado provisto de almenas y torres en lugar de estar sin tejas y con una lona por encima del caballete del tejado.

En una fachada lateral habían clavado un cartel escrito a mano que decía MERCADILLO. Esbozó una sonrisa. Mercadillo. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en la jugarreta que le había gastado el destino aquel día, hacía casi un año. Justo aquella semana, el mayoral, Gunnar, estaba de vacaciones. De modo que, cuando se le estropeó el coche, se vio obligado a detenerse y a pedir ayuda justo en esa granja. Luego se vio en la necesidad de ir al baño y entró justo en ese granero.

Lo recordaba como si fuera ayer.

Un manojo de cencerros sonó cuando abrió la puerta. Como no había reparado en el cartel de MERCADILLO, al principio se sorprendió al ver tantos objetos: canastas de corteza de abedul, molinillos de café, lino amarilleado por el tiempo, taburetes de ordeño, piezas de vajilla apiladas, pantallas de lámparas plisadas, cochecitos de muñecas, sartenes de cobre, extintores antiguos, vasos de licor verdes, jarapas, cuadros bordados... Todo desordenado y todo basura. Los trastos estaban apretujados en estanterías de madera que formaban pasillos estrechos. El olor a nicotina, a pis de rata, a humedad y a cuero era sofocante. Olvidó por qué había entrado en el granero y empezó a mirar a su alrededor. La iluminación era pobre, y entornó los ojos al recorrer el espacio con la mirada.

—Hola —dijo.

Nada.

Al principio pensó que estaba solo, pero un chirrido le reveló que no era el caso. No había duda de que lo estaban observando, pero ¿de dónde provenía el sonido? Debajo de una mesa abatible había algo que brillaba. Entonces los vio bien: unos ojos vigilantes y curiosos a un tiempo. Los ojos de una niña.

Cuando se dio cuenta de que la habían descubierto, se dejó ver y esbozó una sonrisa:

—Hola.

Salió y se subió a la mesa de un salto con un ruido sordo. Empezó a balancear las piernas enseguida, mientras seguía escudriñándolo con la mirada. Él se puso derecho instintivamente.

«Menudo personaje», fue lo primero que le vino a la cabeza. Tenía la cara ancha, cubierta de pecas, y los pómulos altos. Su sonrisa reveló un hueco considerable entre las dos paletas. ¿Qué edad tendría? ¿Ocho, nueve años?

Tenía la mirada inocente y un tanto retadora, como si fuera a dar un salto para arrebatárle el sombrero cuando mirara hacia otro lado solo por diversión. Al mismo tiempo, había en ella algo oscuro que recordaba a un espíritu del bosque.

Era de cuerpo rechoncho y rollizo, probablemente fruto de la nata de la granja o de un consumo ilimitado de dulces. Nada de disciplina. Tenía el pelo casi negro y le sobresalía como si fuera un estropajo metálico, como si nadie tuviera energía —o valor— para peinarle los enredos, porque el riesgo de que la niña o el bichillo que llevaba dentro te mordiera era demasiado grande. Una brizna de hierba le sobresalía por la nuca, tal vez hubiera estado rodando por el heno, aquello era habitual entre los niños de campo. Si se paraba a pensarlo, la niña era como la cría de un depredador —un encanto, pero una fiera al fin y al cabo—, y con el tiempo llegaría a ser un depredador adulto que habría que manejar con cuidado. Pero en ese momento era un encanto.

—Hola —la saludó él también.

—Soy Majja. Con dos jotas.

—Vale —dijo él—. Yo soy Sten... Con una ene.

Aquella mirada abierta se afiló de inmediato, envejeció varios años y se volvió negra como el lago en medio de un bosque. La broma no había sido de su agrado.

—Necesitaría ir al escusado, y un joven que está fuera me ha dicho que...

—¿Eso qué es?

¿Le pasaba algo raro? Tal vez en las granjas se siguiera dando la endogamia.

—El baño. Necesito ir al baño.

—¡Ah! —La niña se echó a reír como si acabara de

tirarse un pedo. Después dijo algo para sí—: Escusado, escusado. Acuérdate.

Él se aclaró un poco la garganta para recordarle por qué se encontraba allí.

A la niña se le iluminó el rostro.

—¿Sabes para qué se usa esto? —preguntó apuntando a un objeto que había en la mesa a su lado—. Papá no lo sabe y yo necesito saberlo. Era de mi madre, pero no sé qué es lo que hacía con él. ¿Tú lo sabes? Mi hermano dice que es una herramienta de tortura para niños traviesos que dan la lata, pero yo creo que se usa para hacer cosas al horno.

—Lo usaban para rizar las cintas de las almohadas. Antigualmente.

La niña se quedó callada y parecía pensativa, como si tuviera que procesar la información.

Él se dirigió hacia un armario de ropa, encontró una funda de almohada y se la mostró.

—Mira, a veces fruncían las cintas que les ponían a las fundas de almohada.

—¿Y por qué?

—Porque quedaba bonito.

—Vale... —dijo, y volvió a sonreír—. Rizar... Rizar... Igual mi madre también pensaba que quedaba bonito, aunque en realidad no hay forma de saberlo.

—Ya.

—¿Es antiguo?

—Del siglo XIX, creo.

—Ah. ¡Sabes un montón de cosas! ¿Por qué? Bueno, perdona —dijo rápidamente bajando la mirada—. Papá dice que pregunto demasiado, que le da dolor de cabeza de lo pesada que soy. ¿A ti te da dolor de cabeza?

—No... Preguntar está bien, de lo contrario, no apren-

demos nada. Pero te agradecería que me dijeras dónde está el...

—Vale, ¿esta silla también es del siglo XIX? —Señaló el mueble que tenía a su lado. El asiento era de caña, con grandes agujeros, probablemente obra de algún roedor—. ¿Cuántos años tiene?

—Alrededor de cien.

—Papá piensa que es bonita, pero yo creo que esta es mucho más bonita —dijo, se bajó de la mesa de un salto y salió brincando por el pasillo—. ¡Ven!

Sten la siguió al trote con la esperanza de que también fuera el camino al baño.

Cuando la niña llegó a la esquina más alejada del granero, alargó la mano como un director de circo.

—¡Tachááán!

Sten se quedó mirando fijamente. Sintió que la habitación se tambaleaba y, por instinto, se agarró a la estantería abarrotada que tenía más cerca. Al ver la silla que tenía ante sí, se le encogió el estómago. Notó algo en la cara. ¿Eran lágrimas? Permaneció quieto y parpadeando unos segundos hasta que los pies se atrevieron a moverse hacia el objeto.

Pero solo los pies. Nada de tocar. Aún no.

El aleteo de la historia le resonó en los oídos y vio que todo se desarrollaba como en una película, una fastuosa película de época que comienza con planos generales de San Petersburgo y continúa adentrándose en salones palaciegos con caballeros rusos de uniforme y damas con atuendos imperiales. ¿Qué habría presenciado aquella silla? ¿Quién la habría fabricado? Con una talla tan exquisita, con aquel dorado intacto. No había visto nunca ese tipo de delfines en el respaldo. ¿Sería original el tapizado? La seda burdeos con abejas de oro se veía algo deteriorada...

—¡Majja! ¡Sal a echarle una mano a Peter con el coche! Coge un gato y una llave de cruceta.

—Pero quiero preguntarle al hombre si...

—¡Nada de peros! ¡Vete ya!

Sten se despertó como si hubiera estado sumido en un trance. Se quedó mirando atontado a la niña, que salía del granero cabizbaja.

El ganadero, que supuso que sería el hombre de la casa, era ancho de hombros y tenía el cabello tan negro como la niña. Cuando se le acercó, Sten percibió cierto aroma a alcohol, puede que de fabricación casera.

—Perdone a la niña, a veces puede llegar a ser un poco preguntona. —Dio una palmadita—. Me ha dicho mi hijo que el coche le ha dado problemas. No pasa nada, él y su hermana lo van a mirar ahora. Si quiere, puede esperar aquí.

—Muy amable, pero puedo llamar a un taxi.

—A ellos no les molesta entretenerse arreglando un coche así, no es algo que pase todos los días.

Sten se dio cuenta de que había dejado de mirar al hombre que le hablaba, de nuevo se había quedado absorto pensando en la silla. Volvió en sí y no quiso revelar su entusiasmo.

—Muy bonita la silla.

El hombre asintió como si quisiera decir: «Bueno, si tú lo dices». Sten se preguntó si era una estrategia, pero estaba bastante seguro de que el ganadero no era en absoluto consciente de lo que tenía en su haber.

—Hay más —dijo el hombre.

Sten Hammar tragó saliva.

—¿Más?

El hombre se lamió el *snus* de los dientes y se encogió de hombros.

—Ocupan tantísimo espacio que las tengo apiladas allí detrás.

A Sten le dio un vuelco el corazón y sintió que palidecía. ¿Más? ¿Apiladas? Las ideas se le arremolinaban en la cabeza mientras seguía al hombre hacia una cortina.

Cuando apartó la tela, se abrió la puerta al paraíso.

Naturalmente, compró todas las sillas allí mismo, y por supuesto que preguntó de dónde procedían. A juzgar por la mirada del hombre, las preguntas de ese tipo no eran bien recibidas. No se puso agresivo exactamente, cosa que Sten se había temido al principio, teniendo en cuenta su olor corporal, los puños y las mejillas encendidas, sino más bien brusco y cortante. Sin pasarse. ¿Hay trato o no hay trato? Cuando más se sorprendió Sten fue al preguntar el precio. Al principio el hombre parecía no saberlo. Se rascó la barba incipiente y miró hacia arriba como si pudiera leer la respuesta en las estrellas.

«Dios mío, este hombre no sabe que tiene aquí una mina de oro», pensó.

Hasta que no volvió a estar de camino a casa, después de que los hijos, sobre todo la niña, lo hubieran sorprendido con sus conocimientos de mecánica, no se acordó de la vejiga. Aquel hallazgo increíble había inhibido por completo sus necesidades. Aliviarse en un árbol era algo a lo que no se rebajaba desde su juventud, pero aquella compra tan exitosa, en combinación con el hecho de poder aligerar por fin la presión en aquel bosque tranquilo, fue una experiencia fuera de lo normal. Casi una bendición.

La visita al granero empezó a repetirse cada vez más, el resultado no siempre era satisfactorio, pero sí la mayoría de las veces. Con el tiempo, Sten Hammar descubrió

un patrón. Los objetos corrientes eran por lo general suecos y de procedencia conocida. Los objetos más selectos eran sobre todo bálticos y no se toleraban preguntas al respecto. Cuando se trataba de ellos, el hombre se andaba con cien ojos. Estaba claro que sabía de su pasado sospechoso, pero, al mismo tiempo, desconocía por completo su valor, cosa de la que Sten procuraba aprovecharse.

El hombre era por lo general parco en palabras, pero en ocasiones el alcohol lo volvía más hablador. Entonces salía a la luz que, en realidad, él no pensaba ser ganadero, había sido cosa de su esposa ya difunta. Qué va, él había estado trabajando en petroleros. Sten decidió no mencionar que poseía una compañía naviera, no quería poner el foco en la falta de igualdad entre los dos. Pero el pasado del hombre dentro de la navegación, el origen de los objetos y el hecho de que se encontraran cerca de la costa, a apenas un breve trayecto del Báltico, le permitió sumar dos y dos. Y las conclusiones que había sacado eran el motivo de que ahora se encontrara allí en su coche con las palmas sudorosas.

Eran suposiciones peligrosas sobre delitos, contrabando y bienes robados, y la propuesta que había ido a presentar podía ser recibida de una forma inesperada. Es cierto que el hombre era alcohólico, estaba claro, y que la granja se encontraba en mal estado, así que, con suerte, se mostraría dispuesto a cooperar. Y además necesitaba dinero. Pero ¿sería de fiar? ¿O sería peligroso?

Sten Hammar se sentía eufórico en el coche, a pesar de los riesgos. O tal vez se debiera precisamente a eso. Desde que se había jubilado, los días se fueron volviendo cada vez más uniformes. Previsibles. No es que no tuviera nada que hacer —las tareas del consejo de administración, las subastas y las reuniones del club llenaban el ca-

lendario—, pero ya nada le resultaba interesante. La fuerza que lo había impulsado a lo largo de su vida adulta había sido aprender arte, coleccionar arte y poseer arte. Más arte. O, en realidad, ¡el mejor! Pero con la edad la pregunta había ido acuciándolo cada vez más: «¿Y después, qué?». No tenía hijos a los que legar su conocimiento y su colección. Y a los amigos, buf, hacía ya mucho tiempo que los había impresionado. La mayoría eran lo bastante tontos como para no saber distinguir entre un objeto de plata y otro con un simple baño. Todo era lo mismo a sus ojos, siempre y cuando brillara.

Su vida había consistido sobre todo en acudir a exposiciones de subastas, comprar y después impresionar a su entorno. Mirar, comprar, impresionar, mirar, comprar, impresionar; año tras año. No conllevaba reto ninguno. Nada emocionante. Pero allí, en el granero junto a la carretera, había podido experimentar el mismo cosquilleo que cuando era joven.

Sin embargo, solo era cuestión de tiempo que más gente descubriera aquel paraíso. Ya durante el rato que llevaba allí parado habían pasado unos cuantos coches que no presagiaban nada bueno. El granero se encontraba en la carretera 76, entre Forsmark y Lövestabruk, un lugar estratégicamente acertado para un mercadillo. Entre los turistas que iban a ver las fundiciones valonas y a hacer senderismo; y pronto los veraneantes que también empezarían a recorrer las carreteras. Mientras solo fueran familias en busca de un helado no habría problemas, pero...

Como para confirmar sus temores, un coche se detuvo en el camino a la altura del granero. Por suerte, parecía que estaba atestado de maletas y de gente. Una mujer se bajó, abrió una de las puertas traseras y se asomó al

interior. Sten contuvo la respiración. Al cabo de una eternidad, la mujer salió, cerró la puerta y volvió a montarse en el asiento del copiloto. El coche continuó su camino.

La amenaza en potencia había desaparecido, pero aun así hizo que Sten actuara. Había llegado el momento.

Tal y como le había enseñado el fisioterapeuta, giró el cuerpo y sacó las piernas del coche, se aseguró de que las rodillas estuvieran en la posición correcta y llevó la mano a la agarradera del techo. Se meció un poco y se levantó a la de tres.

—Mira tú... —murmuró, y se quedó quieto un momento para que las articulaciones volvieran a encajar en su sitio.

Le habían preguntado unas cuantas veces si no debería comprar un coche más alto, como habían hecho sus patéticos compañeros del grupo de caza, que estaban obsesionados con la edad y se dedicaban a comparar jeeps y utilitarios deportivos. Pero él siempre decía que uno es lo que conduce. Y él era su Jaguar. Pensaba conservarlo hasta que tuvieran que usar una grúa para bajarlo del coche. O hasta que Gunnar se rebelara; después de todo, era él el que se encargaba del vehículo.

Sten empezó a caminar despacio por el terreno, se estiró y llenó los pulmones de aire. Intentó armarse de valor. En el arcén había un 240 oxidado y los restos de un rodillo de planchar antiguo, los dos recubiertos de hierba seca del año anterior. Los pesados tractores habían dejado huellas profundas en el lodo, ahora seco, así que tenía que avanzar con cuidado. Cuando casi había llegado, oyó unas voces jóvenes acompañadas de algún que otro portazo. Se detuvo.

—¡Tú te vienes!

—¡No, no pienso ir! Estoy ayudando a papá a...

—¿A qué? ¿A sujetarle la botella? O lo que quiera que esté haciendo ahí dentro. Lo tienes hartado de tanto andar todo el día dándole la tabarra, ¿es que no te enteras? Ven a quitar el estiércol o te doy un guantazo.

—Como si yo no te lo fuera a devolver, so imbécil. La voz del joven se volvió más sombría:

—Si no vienes, no te dejes que nos acompañes al lago esta noche a Tobbe y a mí.

Un grito agudo siguió a un breve silencio.

—¡Qué injusto eres...! Pues me iré a quitar estiércol. Pero entonces me tienes que dejar que conduzca yo. Prométemelo, si no...

Los gritos y la discusión se fueron apagando conforme los hermanos se marchaban del granero. Sten se atrevió a seguir caminando. Al llegar, carraspeó un poco para darse ánimos antes de abrir la puerta.

Los cencerros emitieron un tintineo y comprobó con alivio que el hombre estaba solo detrás del mostrador improvisado, que consistía en una mesa y unas cajas. Al verlo, se apresuró a meter algo debajo de la mesa y saludó.

Sten se acercó y le dio la mano.

—Creo que nunca he llegado a presentarme. Sten Hammar.

El hombre reaccionó como con sorpresa antes de estrecharle la mano.

—¿Hammar? ¿De Hammarnäs? Ajá —dijo asintiendo—. Eso sí que es un cliente elegante. Ahora entiendo que tenga usted sitio de sobra para todo esto.

Sten pensó que era mejor ir directo al grano.

—Bueno... —dijo—. No exactamente «esto». Solo... lo último.

Se quedó mirando al hombre para ver si había entendido el mensaje.

—¿Lo último?

—Eso es. Seguro que se ha dado cuenta de que solo compro un tipo concreto de artículos. Estos no —dijo haciendo un gesto con la mano hacia el local—. Y seguro que también se ha dado cuenta de que pago bien, en el momento y sin regatear. Sin rodeos.

—Sí, claro, y lo agradezco.

Sten hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Había pensado proponerle que llegáramos a..., cómo decirlo, un acuerdo, y que me enseñaran los objetos que tienen a mí y solo a mí. Si nadie más puede ver «lo último» antes de que yo le haya echado un vistazo, le prometo que seré más que generoso.

Estaba claro que el hombre había entendido lo que quería decir, pero aun así se retorció un tanto dudoso.

—No sé, es que...

—Además —dijo Sten Hammar mientras le sostenía la mirada—, no preguntaré nunca por la procedencia de la mercancía.

Con eso, el rostro del hombre se ensombreció. Su expresión pasó de la sorpresa a la rabia. Y después al cansancio. Un cansancio de lo más evidente. Dirigió la vista hacia la entrada y sacudió la cabeza. Como si suspirara por los hijos, que acababan de pelearse fuera. Se mordió el interior de la mejilla y después se volvió hacia su cliente, de pronto con la mirada fija y decidida.

—Venga. Lo hacemos así. Pero con una condición...

Parecía que estuviera dudando, y Sten no pensaba preguntarle. El hombre tomó aire y se sentó, volvió en sí y echó el aire otra vez. Seguía dudando. Sten permaneció a la espera. Al final, el hombre lo soltó, rápido, de golpe:

—Que le enseñe a mi hija.

Qué inesperado. Qué imprevisto. ¿Enseñarle a la niña? Lo había oído bien, desde luego, porque el hombre había hablado más alto y más claro que de costumbre, como si lo tuviera decidido; esa era la condición, de lo contrario, no habría trato.

Sten Hammar soltó una carcajada, pero se recompuso rápido.

—¿Enseñarle qué?

—¡Esto! —dijo el hombre haciendo aspavientos—. Ya he visto que sabe usted de arte y todo eso y, ahora que me he enterado de que vive en Hammarnäs, creo que un sitio así para aprender...

Se calló de repente y empezaron a brillarle los ojos. «Dios mío —pensó Sten—, espero que no se ponga a llorar, al fin y al cabo, a veces pasa cuando uno está borracho.» Pero el hombre soltó un profundo suspiro, cruzó las manos sobre las rodillas y empezó a contarle. Fue como si abrieran una presa, las palabras le salían a borbotones, y Sten no pudo hacer más que quedarse a su lado y observar.

—No sé qué hacer con ella. No para de preguntar. Bueno, seguro que usted se ha dado cuenta. ¡Y ella ya sabe mucho más que yo sobre todo lo que tenemos aquí! Me da la impresión de que es capaz de enterarse y aprender cualquier cosa, donde más se nota es en el colegio, pero yo no llego. Y no tiene compañeros con los que compartirlo y...

—¿Compartir el qué? —lo interrumpió Sten, que no sabía cómo manejar el estallido emocional que estaba teniendo lugar delante de sus narices.

—¡Pues esto! —dijo el hombre señalando a su alrededor con la mano—. ¡Este tipo de cosas! Historia. Arte. Cultura, o como quiera que se diga. En el campo la gente

no tiene amigos si no practica algún deporte, va a la iglesia, está en un grupo de baile o se dedica a la caza. Con esto nadie puede hacer amigos. Creen que es rara. Y en realidad a ella parece que le da igual. Es como si todas las cosas que tenemos aquí fueran sus amigos. Al principio sobre todo quería pasar tiempo entre los trastos porque fueron de su madre, y no paraba de hacer preguntas sobre ella. Pero con el tiempo su obsesión se ha ido centrando en todos los objetos antiguos. Y en todo lo que se puede aprender.

—Pero usted, como dueño que es de esto...

—¡Yo sé de barcos! Nada más. Que sí, que igual he conseguido enseñarles a mis hijos a arreglar motores. Pero la granja, los trastos y los dichosos animales son una herencia de mi mujer, ¡no mía! —gritó como si lo estuvieran acusando de algo.

—¿Y por qué conserva todos estos objetos?

—La mayoría estaban aquí, en la granja, eran de mi mujer. Otros... los han traído, amigos, antiguos compañeros, y me di cuenta de que daban algo de dinero. Poco, no mucho, pero sobre todo, tranquilidad. Está bien poder sentarse aquí a solas. Pero la niña, no...

Ahora sí que era obvio que se le habían empañado los ojos y Sten empezó a sentirse bastante incómodo, pero aun así continuó escuchando.

—No quiero que acabe como yo. Como nosotros. No sé muchas cosas, nunca me ha resultado fácil aprender, pero que Majja no es como los demás, eso sí que lo sé. Es como que nunca está satisfecha. Todo lo que ve, oye y lee se le queda, pero siempre quiere más. ¡Si no lo consiguiera, yo creo que se volvería loca! O al menos sería muy desgraciada. Y ya hemos tenido desgracias de sobra aquí, en la granja. Majja no se acuerda de su madre, pero yo sí,

desde luego. —Le temblaron los labios y se quedó callado un instante para recuperar el control—. Lo que quiero decir es que mi mujer no estaría muy contenta si nos viera desde arriba. Pero yo no puedo más, no llego a más, teniendo que cuidar de una granja entera. Peter es más o menos autosuficiente, parece hecho para ocuparse de todo. En eso es como su madre. Pero Majja...

Mientras el hombre hablaba, Sten Hammar se había perdido en sus propios pensamientos. No era tanto que no sintiera compasión por el hombre, con su condición de viudo y todo lo demás, pero durante sus visitas se había dado cuenta de que no se mataba a trabajar en la granja precisamente. También sentía compasión por los hijos, tal vez el padre les pegara cuando se calentaba en las noches de borrachera, al fin y al cabo, esas cosas pasaban. Aunque puede que la niña fuera capaz de devolver el golpe, por lo que había visto. Pero hubo otra cosa que lo conmovió en lo más hondo cuando la idea de aceptar a una alumna cobró forma. Una discípula. Alguien a quien formar. A quien impresionar. De verdad. Todos los objetos y todo el conocimiento que había reunido tal vez encontraran su propósito. Un propósito modesto, en cualquier caso. Y luego estaba la niña en sí, claro, Majja. Con dos jotas. Una niña diferente, sin duda. La cuestión era si se dejaría domar o si su naturaleza depredadora sería demasiado fuerte. La idea resultaba aterrador y estimulante a un tiempo. Una discípula que era un personaje.

El acuerdo se selló con un apretón de manos, sacaron unos vasitos sucios y sirvieron una bebida sin identificar. Sten Hammar seguía sin estar completamente seguro de dónde acababa de meterse; se sentía confuso, como mínimo.

Pero cuando el nauseabundo líquido le bajó por la garganta, sintió algo que le recordó a aquel momento en el bosque, cuando se paró a vaciar la vejiga junto al árbol entre el susurro de las hojas, el murmullo del arroyo y el canto de los pájaros.